

El vértice del contraste

Silvia Lerín

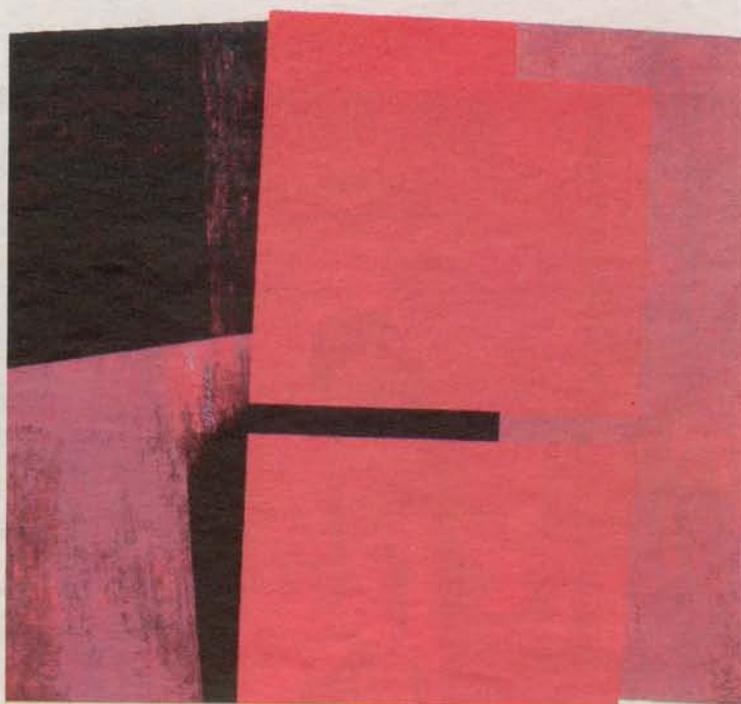
Galería La Nave

Armando Pilato

Silvia Lerín descarga su más reciente producción pictórica en la galería La Nave, ahondando en su investigación sobre la abstracción geométrica y, simultáneamente, aligerando el espacio con la rigurosidad de sus potentes composiciones. Así pues, la selección de obra de esta exposición se presenta de un modo más contenido y cuidado que la mostrada, bajo el título de *Intersecciones*, el pasado mes de septiembre en la Sala de Exposiciones de la Universidad Politécnica de Valencia. En esta ocasión, las pinturas se reparten por la impecable arquitectura interior de la galería mediante un conciso montaje que permite apreciar todas sus cualidades, favoreciendo la interesante multiplicidad de sus posibles lecturas.

Esa contención asiste a la categoría unívoca del sentido de un estilo formal, realizado a partir de una personal técnica mixta de acrílico y polvo de mármol, que Silvia Lerín aborda con una sorprendente convicción pictórica. Ya hace décadas, Xavier Rubert de Ventós señalaba que la obra abstracta «*corre sin duda más peligro de ser apreciada por el espectador como ornamental o decorativa que el cuadro en el que existe alguna figuración*». Sin embargo, la tensión informalista adjetivada por la artista —a través de la posterior tradición geometrizable— no debería leerse nunca, y menos aún en los umbrales de la modernidad relativista, básica y únicamente como decorativa.

Las armonías equilibristas y



las confluencias de estas pinturas están motivadas, medidas y fielmente recreadas en el plano bidimensional. El estudio del color, de la materia y de las formas resultantes de su fusión —por medio del ejercicio pictórico— se encierran en medidas de cuadrados perfectos. La cuestión preciosista de la elaboración se declina en valores que combinan conceptos como la inexistencia, la intensidad y la saturación de tonos, líneas y masas en el espacio. Pero, no por ello el resultado deviene necesariamente en una pintura de construcción arquitectónica, pues esta definición constituiría una enunciación —plástica y sintáctica— reduccionista sobre la abstracción.

Silvia Lerín también compone en sus obras intersecciones de colores: unos asoman, otros transparentan, algunos se equilibran, se cruzan o sujetan. Ciertos cromatismos se extienden granulados y parecen oxidarse en tonalidades imposibles. Como en un léxico familiar, cada término puede activar diferentes acepciones en el individuo dependiendo de un código particular o secreto. Por ello la belleza del azul ultramar de las pinturas de la artista podría definirse, quizás con un mismo pensamiento, como soviética y helvética. Y eso también es intuición o ensimismamiento, cualidades que dejan ver el expresivo lirismo de sus últimas composiciones.